

4-2
42-366 46

EL DIARIO

DE

UN POETA

POEMA

POR

JOSÉ DE SILES



MADRID

TIPOGRAFÍA DE ALFREDO ALONSO

Calle del Soldado, núm. 8

1885



24
5-2
56

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL	
GRANADA	
Sala:	B
Estante:	6
Numero:	963

BIBLIOTECA	
GRANADA	
Sala:	B
Estante:	18
Numero:	369

EL DIARIO DE UN POETA

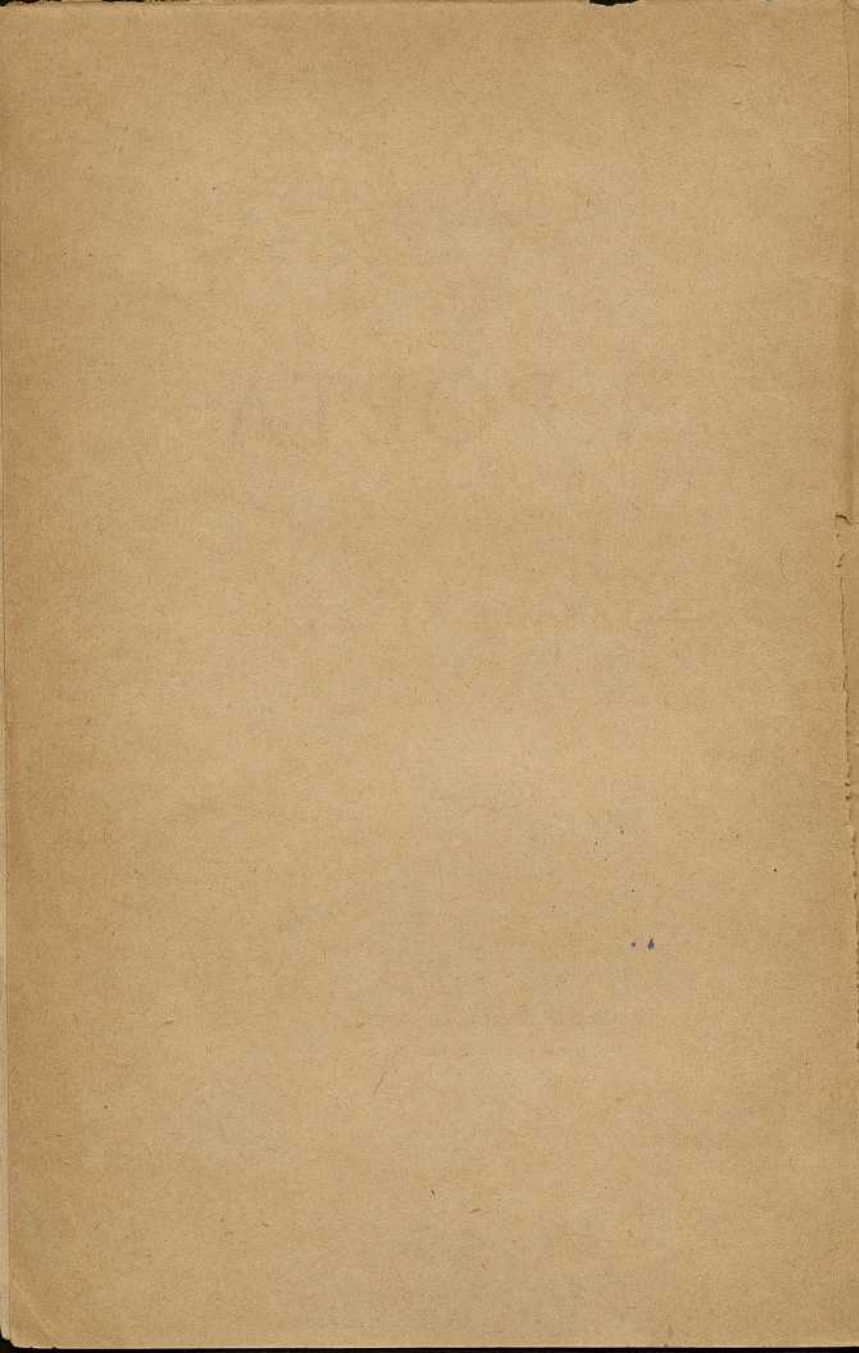
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17

44
5-2
56

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	B
Estante:	6
Numero:	963

Universitaria GRANADA	
	B
Estante	18
	269

EL DIARIO DE UN POETA



R-27.114

EL DIARIO

DE

UN POETA

POEMA

POR

JOSÉ DE SILES



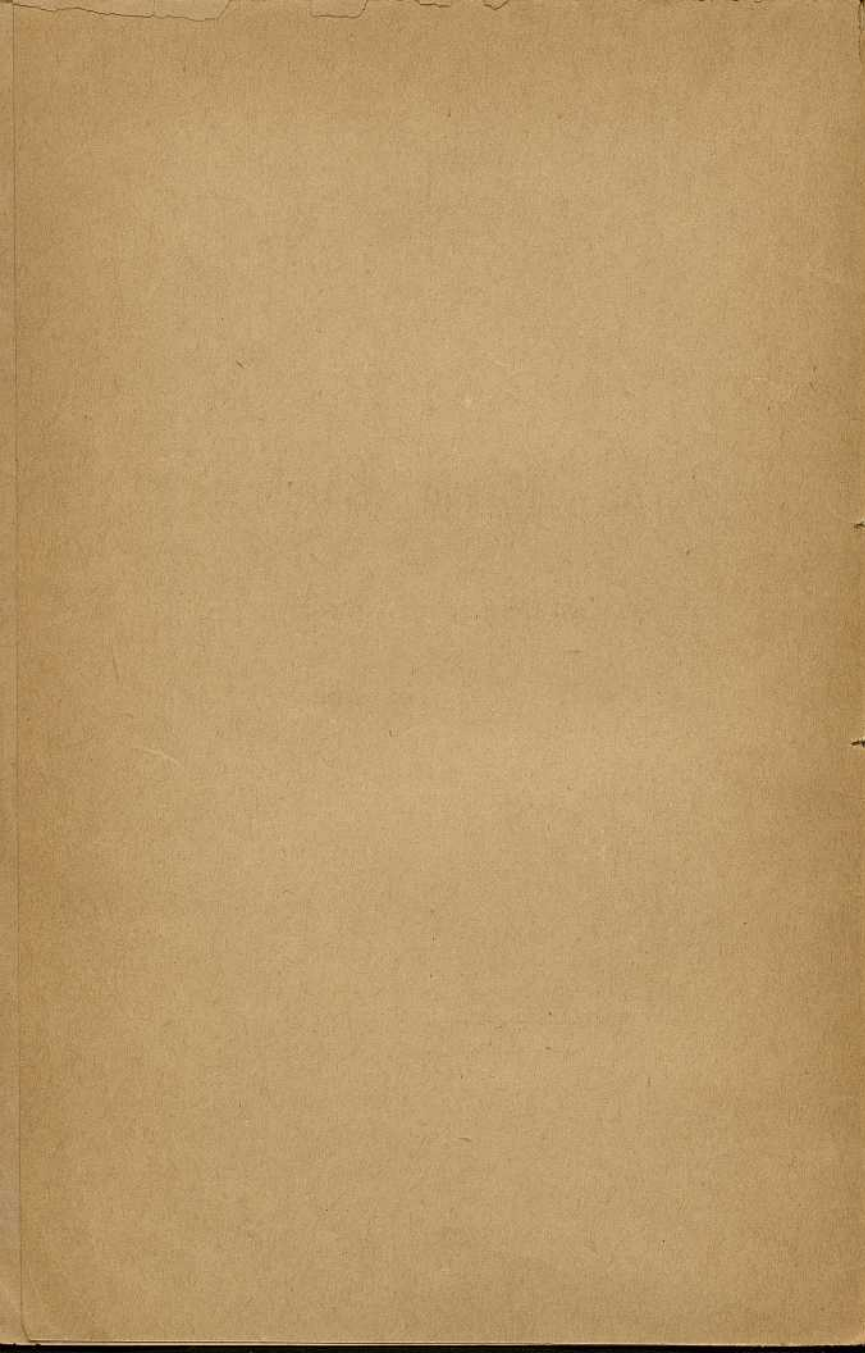
MADRID

TIPOGRAFÍA DE ALFREDO ALONSO

Calle del Soldado, núm. 8

1885

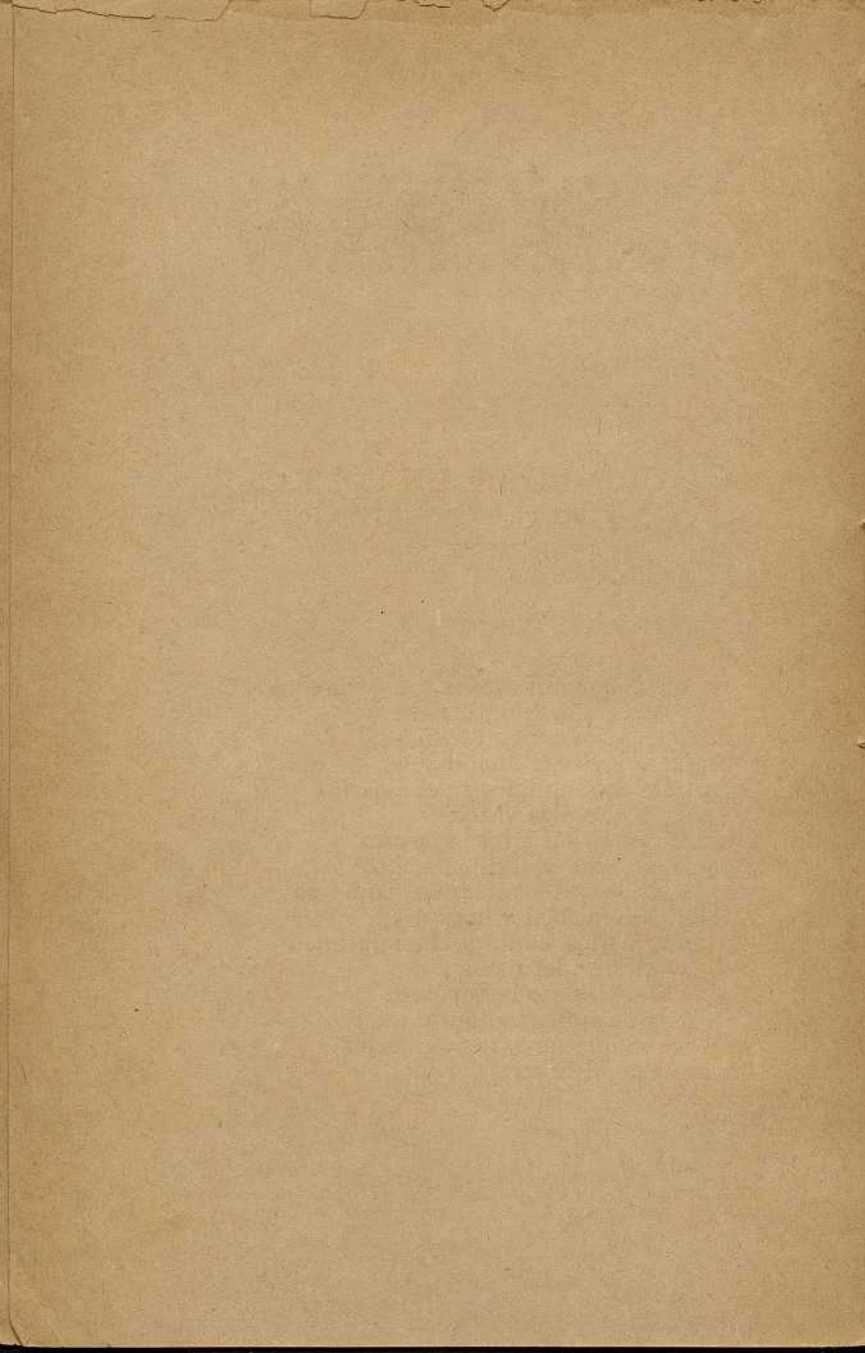




A D. Alfredo Escobar

Su amigo afectísimo y agradecido,

JOSÉ DE SILES





EL DIARIO DE UN POETA

I

No niego que mis sueños son quimeras;
que es delirio mi afan;
que lloro por pesares no sentidos,
y con algo invisible suelo hablar.

Que embelesado miro en el espacio
cual rápida vision,
la nube que en sus giros vagarosos
empuja el viento y abrillanta el sol.

Que del bosque los trémulos fantasmas
de tinieblas y luz,
al contemplarlos, en mi pecho imprimen
el helado terror del ataud.

Que sigo solitario la hoja seca
que arrastra el huracan,
para ver en qué surco tiene el lecho
do, hasta la primavera, dormiré.

Que me envenena el ódio, si implacable
muerde oscuro reptil
la sombra que proyecta sobre el mundo
el águila que vuela en el cenit.

Que, sin saber por qué, turban mi calma
olas de oculto mar,
y súbito mi rostro palidece
como al sentir la hoja de un puñal.

Lo que soy yo no sé, ni si mis ansias
son locura ó razon;
yo solo sé que sufro, y que mis cantos
son alas con que huye mi dolor.

II

No quiero ser el águila que, altiva,
sus alas tiende por el cielo azul;
yo no quiero subir á la alta cresta,
do el vértigo se siente de la luz.

No quiero descender al hondo abismo,
y los ignotos antros descubrir,
ni quiero conocer la oculta fuente
do baña el Universo su raíz.

Yo no quiero perderme entre los astros,
ambicioso de gloria ó de poder;
yo no quiero invadir la oscura sima
do está de las riquezas el troquel.

Extasis ó caída, rayo ó sombra,
no lucho en arrastrarme ni en volar;
yo no envidio á los ángeles del cielo,
ni me fascinan génius de maldad.

¡O llorar ó reir! tal es mi sino;
engendro del placer y del dolor;
quiero solo ser hombre, y que palpite,
junto al mio, un amante corazon.

III

La fuente brota en las peñas
murmurando una canción,
y entre el musgo, solitaria,
eterna lanza su voz.

Es blanda para el que aduerme
junto á ella su ilusión;
mas ¡cuán cruel para el triste
que sin esperanza amó!

En las ondas cristalinas
mis lágrimas de dolor,
cuando están cayendo, forman
una fúnebre canción.

Y ese canto misterioso
desde há mucho tiempo yo,
modulándolo voy dentro,
dentro de mi corazón.

IV

¿Dónde irá por el espacio
la blanca pluma del ave,
de cuyas alas ligeras
la arrancó un beso del aire?
¿Dónde irá sobre las ondas
rama que del árbol cae,
y arrebatada la borrasca
de playa verde y suave?
¿Dónde irán nuestras venturas
que seca el tiempo y abate?...
Yo sé que parten del alma;
mas, do van, nadie lo sabe.

V

Cuando navega la barca
sobre las olas del mar,
cristales rompe delante,
espumas deja detrás.
Cuando del mundo el viajero
sobre ardientes ruedas va,
ve rayos de luz al frente,
ve nubes de polvo atrás.
Cuando cruza el viento el pájaro,
de su rápido volar
no guarda otro rastro el aire
que el de una vision fugaz.
Tras de cielos de esperanzas
camina el hombre en su afán;
¿qué deja en pos de su paso?
¡sombras de sueños no más!

VI

Tiembla el pájaro en la rama
que el céfiro balancea;
y del laud la nota
tiembla en las cuerdas.
Las lágrimas en los ojos,
pronto á desbordarse, tiemblan;
y en la flor, del rocío,
tiemblan las perlas.
Trémulas las mariposas
de la luz en torno vuelan,
y en la noche, temblando,
brilla la estrella.
Tiembla el polvo, tiembla el aire,
tiembla el alma del que sueña,
y el pecho del que ama
¡ay! también tiembla.
Y oscilando en un abismo
de esperanza y de tinieblas,
está el corazón, que, loco,
un imposible desea.

VII

Horas antes que brille la luna
en las noches serenas de invierno,
al través de la atmósfera clara
¡cuán cercanos se ven los luceros!

¡Yo quisiera, clavados los ojos
en la bóveda azul de los cielos,
los arcanos del libro divino
descifrar en sus letras de fuego!

Yo supiera por qué en este mundo
bajo sino fatal repartieron,
casi siempre el dolor al humilde,
casi siempre el placer al soberbio.

VIII

Cuando en mi interior yo miro
congojas de muerte siento;
tengo el alma de ódios llena
y de úlceras mi pecho.
En el lago que mis ansias
cruzan, cual rápidos fuegos,
hay turbias olas de lodo
cuando su fondo revuelvo.
Las flores de mis verjeles
el sol alegraba un tiempo...
¡Ah! decidme ¿quién mis campos
cubrió de sombras y cieno?

IX

La roja luz del relámpago
surca los cielos audaz;
mas, solo brilla un instante;
¿nada más?

El tierno jazmin no puede
besos del sol soportar;
sólo respira en la noche;
¿nada más?

El viento pasa y murmura
sobre el lago de cristal,
su frente no más rizando;
¿nada más?

Entre las flores voltea
la mariposa fugaz;
de nuestra ilusion es símbolo;
¿nada más?

Abre el amor en las sombras
la flor de su dulce afan;
mas, dura tan solo un sueño;
¿nada más? ¡ay, nada más!

X

Yo ya compararme puedo
con los soberanos dioses;
ya no me aterra la muerte:
ya no siento los dolores.

En hondas copas de oro,
del nectar los dulces goces,
hasta la embriaguez gustaron
mis lábios abrasadores.

Deja que un himno sublime
¡oh, mujer! para tí entone,
porque es tu amor esa esencia
que convierte en Dios al hombre.



XI

Cuando sus ojos duermen
como una luz velada,
y los arcos semejan
de sus negras pestañas
oscura mariposa
que allí plegó sus alas,
al través de su sueño
¡quién sabe lo que pasa!

Cuando sus ojos duermen
como una flor cerrada,
y parecen sus labios
dos pétalos de grana
si su boca sonríe
como á un beso del aura
de su sueño en el fondo
¡quién sabe lo que pasa!

Cuando sus ojos duermen
como una tumba helada,
y su frente de mármol
tal vez un surco guarda;
si cae en sus mejillas
cual rocío una lágrima
de su sueño en la noche
¡yo sé que el dolor pasa!

XII

Yo te he visto sonreirme
al través del negro mar,
y vacilar tú me has hecho
y cual sus ondas temblar.
Yo he visto al rayar el alba,
volando bañada en sol,
una alondra, que un estanque,
aun en las sombras copió;
yo he visto velar las nubes
la frente del cielo azul,
y me he creído en la noche
al ver la tierra sin luz.
Yo te he visto cerca y lejos
de mi ardiente corazón;
y es que, al través de mis ojos,
llorando te he visto yo.

XIII

Hechicera que en cavernas,
en cavernas de terror,
lejana tienes del cielo
tu volcánica mansion,
señálame entre las rocas
do tu planta se imprimió,
el sendero que me lleve
de tu óculto magia en pos.

En una fuente ha bebido
mi sediento corazon;
ácre adelfa y dulce rosa
de la fuente halló en redor;
mas solo el amargo jugo
en mi pecho penetró
y mezclándose á mi sangre
¡ay! toda la envenenó.

Hechicera que en cavernas
á do nunca baja el sol,
de tus redomas ardientes
sacas mundos como Dios;
dáme un bálsamo que cure
esta fiebre, esta pasion;
tengo una llaga en el alma;
¡estoy enfermo de amor!

XIV

¡Por piedad! ¿dónde me llevas,
corcel, atado á tu crin?
Ya al borde estás del abismo;
¡Dios tenga piedad de mí!
¡Por piedad! ¿dónde me arrastras,
ola do náufrago fui?
Ya próximo está el escollo;
¡Dios tenga piedad de mí!
¡Por piedad! ¿dó me conduces,
mujer, con tu frenesí?
Ya cerca miro el hastío
¡Dios tenga piedad de mí!

XV

Callad, por Dios, esa música
que entristeciéndome va;
igual que de marcha fúnebre
es su rítmico compás;
y mi corazón, frenético,
saltando en mi pecho está.

Yo la conozco; recuérdame
plácidos tiempos de atrás;
es ella la danza lánguida
con que mi fervido afán
calmó sus tormentos míseros
siendo el amor mi deidad.

Callad, por Dios, esa música,
que lágrimas vierto ya,
y por mis nervios, relámpagos
siento rápidos cruzar.
Calladla pronto; que, pérfida,
por matarme acabará.

XVI

Era una tarde de otoño;
de nubes grises un velo
el sol llenaba de sombras
y de tristezas mi pecho.
La oscura atmósfera el ave
iba cruzando en silencio;
y el reptil, amedrentado,
se escondía en su agujero.
Las blancas tapias, confuso,
traspasé del cementerio,
y un hombre ví que una fosa
cavaba en el blando suelo.
Pálido el rostro, sus ojos
de llanto estaban cubiertos;
y ¡ay! puso sobre el cadáver
al echarlo al hoyo un beso.
Quise hablarle; pero un grito
lancé de profundo miedo;
¡con mi muerto amor yo estaba,
y era yo el sepulturero!

XVII

¡Venga un vaso! Los pesares
ante el vino huyen atrás,
cual hojas que en un torrente
lanza á un lado el huracan.

¡Otro vaso! La conciencia
el vino acostumbra á ahogar,
cual crimen que se sepulta
entre las olas del mar.

¡Venga otro, en fin! Los amores
con vino se han de borrar,
como el humo de un incendio
bajo la lluvia tenaz.

Es el vértigo, alegría;
lábio que entona un cantar,
explosion de locos besos;
alta escala del soñar.

Mas yo, si al delirio toco,
me entristezco más y más;
muchos rien con el vino;
con él ¡yo rompo á llorar!

XVIII

La tarde triste
á ocaso toca,
como en la playa
cansada ola.
Piérdese el ave
entre las hojas,
cual la ventura
que huyóse pronta.
Y el viento, el agua,
la luz, la nota,
tienen por término
silencio y sombras.
Lo que fué lucha
duerme ó reposa,
desde los átomos
que el sol colora
hasta los bosques
que surca el boa.
Tan vasto sueño
mi alma sola
altera y turba
con sus zozobras,
con sus quimeras
y sus congojas,
siempre agitadas
y siempre hondas...
¡Ay! ¿en qué cima,
alta y remota,
brillará eterna
la eterna aurora?

XIX

Sobre un lecho de áscuas yo me acuesto,
descalzo sobre zarzas yo camino,
y á mis sienes, de hierro una corona,
horriblemente ciño.

Lanzo mi corazon entre las fieras
que piden sangre en el mundano circo;
veneno abrasador mis lábios beben
con insaciable ahinco.

Los tiempos ya no son do una esperanza
arrastraba á los hombres al martirio...
¡A un Dios, que ni venero ni conozco,
ciego me sacrifico!

XX

Si es morir perecer; si como el día
se apaga en los abismos de la mar,
nuestra vida sepulta
en su seno sin fin la eternidad.

Si es verdad que los átomos de arena
arrastra para siempre el huracán,
y ya una vez perdidos,
no hay nadie que los llegue á recordar,
¡Cuán horrible es morir y separarse
de lo que fué nuestro constante afán!
Y, ¡cuán triste también nueva existencia
volver en otros mundos á empezar!

XXI

Dicen que las flores hablan
dulce lenguaje de amor.

El jazmin es la pureza,
es la rosa la pasión,
la virtud es la viola,
y es la azucena el candor.

Fragancia el clavel despide
que embriaga el corazón;
la suave adormidera,
olvido para el dolor.

Y como pálida luna,
de nubes tras el crespon,
en un pecho la camelia
de misterios siempre habló.

Tú, tan sola, nada dices,
tú, para mí, muda flor,
á quien, suspirando el alma,
de amor, interrogo yo.

XXII

Pasé por la negra puerta;
entré en la cueva profunda;
llegué al lecho do amor tiene,
más que un altar, una tumba.

Como el pudor, era rojo
el vestido de la impúdica;
y era pálida, muy pálida,
su cara fría y enjuta.

Se cruzaron breves frases;
la beldad rasgó su túnica;
y eché á su cuello mis brazos
con embarazosa angustia.

Yo la apretaba en mi pecho
con ansia rápida y muda,
y su espíritu aspiraba
en sus miradas confusas.

Sentí que un beso mi boca
cercaba de mordeduras,
y sentí por mis pupilas
cruzar del placer las brumas.

Súbito estremecimiento
surcó sus carnes convulsas,
y en sus pestañas dos hilos
se vieron de perlas turbias.

¡Era el amor! era el astro
que en nuestros pechos fulgura,
y que, hasta en el cieno, brilla
cual brilla, hermosa, la luna.

XXIII

Al pié del largo muro
del triste cementerio,
do crece el jaramago
de palidez cubierto,
del moribundo dia
al ya postrer destello,
enmudecido y solo
á meditar yo vengo.

Las nubes de la tarde
al dia van siguiendo
con túnica enlutada,
cual fúnebre cortejo;
y el templo y los hogares,
la tierra, el firmamento,
entre la niebla, inspiran
medrosos pensamientos.

La oscura y pobre aldea
sumida en sombras veo,
no más de vida hablando
que el humo de sus techos.
Allí tambien, en breve,
bajo el ala del sueño
habrá profunda calma,
soledad y silencio.

La no cerrada puerta
de la mansion del duelo
deja oír de la nada
los apagados ecos.
Yo, aquí, podré el enigma
saber de sus misterios,

y percibir de cerca
la voz de sus secretos.

El aire sordo silba
por los vacíos huecos,
y barre entre las tumbas
el polvo de los huesos;
ó ya en la nueva fosa,
reblandecido el suelo,
húmedo aroma esparce
de disipado incienso.

Yo aquí la sombra evoco
de los que ayer vivieron:
de la niñez amigos,
y cariñosos deudos;
la vírgen por quien supo,
mi alma, de los cielos:
¡flores todas heladas
al soplo de los tiempos!

Yo escucho á los gusanos
herir los fríos restos,
y allá, bajo las losas,
brotar suspiros lentos;
y en las marmóreas urnas
los conservados cuerpos
temblar entre el sudario,
¡como se tiembla en sueños!

¡Oh, soledad augusta!
¡oh, descansado encierro!
¡oh, de los que padecen
seguro, eterno lecho!
Abrid á mis pesares
vuestro profundo seno.....
¡Tal vez, estando vivo,
tan solo soy un muerto!

XXIV

Yo siento en mi alma rumores de mundos
 por ámbitos yendo, serenos, profundos;
 yo siento en mi alma las olas bramar,
 de besos divinos yo siento las huellas,
 el rápido surco de ignotas centellas,
 la tierra, los cielos, los montes, el mar.

La luz de la ermita brillando lejana,
 el eco do extingue su voz la campana,
 de nubes ligeras el leve giron,
 el rayo perdido de estrella nocturna,
 la gota que filtra del lago la urna,
 de músicas vagas el lánguido son.

Yo siento la brizna de yerba en las rocas
 silbar con las áuras fugaces y locas;
 yo siento en silencio los valles gemir;
 las sombras yo siento subir las montañas,
 el ave que anida de noche en las cañas;
 oculta la fuente yo siento bullir.

Del hondo oceano los antros sombríos
 abrirse yo siento formando los ríos;
 yo siento las lavas hervir del volcán;
 la escarcha cubriendo la rústica choza;
 la arruga del agua si un ala la roza;
 la arista arrastrada del ráudo huracán.

Yo siento en mi alma los sueños que el hombre
 jamás mostrar pudo con formas ni nombre:
 de inmensos deseos perenne roedor;
 yo siento lo grande, lo audaz, lo imposible;
 yo siento el misterio que abisma invisible;
 yo siento, yo siento tu plácido amor.

XXV

Por un amor que he perdido
á todos pregunto yo,
y sin encontrarle nunca,
de mis ánsias siempre en pos,
ya no hay camino en el mundo
que ignore mi corazon.
El mar, mostrándome el seno,
sus verdes algas rasgó;
lo que allá en su centro guarda
me ha descubierto ya el sol;
á donde vuelan sus cantos
me dijo ya el rruiseñor,
y el lugar ya sé do nacen
las nubes de una ilusion.
Ya sé donde el aura anida
y do arranca su rumor;
y ya sé do el pez ligero
su cuerpo en plata bañó.
La atmósfera de perfumes
con que embriaga la flor
ya sé en qué cáliz de oro
misteriosa fermentó.
Y ya sé dónde se encierra
el soplo frio y veloz
que la luz de nuestra vida
apaga al volverla á Dios.
Pero yo no sé en qué tumba,
—¡pues que para mí murió!—
dormirá el amor perdido
que busca mi corazon.

XXVI

El águila busca el cielo
y á las nubes busca el sol;
las ondas, los verdes mares;
las mariposas la flor.

El viento busca las cañas
do arrulla con dulce son;
el ciervo busca la yerba
que el rocío matizó.

Busca los bosques sonoros
el arpado ruiñeñor;
la culebra busca el nido;
la mujer el corazón.

Busca el abismo la sombra;
busca el espíritu á Dios...
¡En la noche de mi vida
no sé lo que busco yo!

XXVII

Yo no quiero ver los mares,
yo no quiero ver el cielo;
tu cara junto á mi cara
tan solo mirar yo quiero.

Yo quiero ver en tus ojos
retratarse mis deseos,
cual la sombra de las nubes
en el claro firmamento.

Yo quiero sentir las ondas
de tu palpitante seno,
y las sierpes de tus venas
dormirse bajo mi pecho.

Tú eres mar, tú eres abismo;
eres horizonte inmenso;
eres la aguda tristeza
y el deslumbrante embeleso.

Tú me das, de tus pupilas,
en mis nocturnos desvelos,
rayos de luz misteriosos
con que ilumino mis sueños.

Tú me das, por dulce cuna,
donde se mecen mis besos,
de tu garganta nerviosa
el blanco, escondido hoyuelo.

Y de todo lo creado
siendo tú rico compendio,
en tí percibo sus flores,
sus espinas en tí siento.

Así, sin mirar los mares;
así, sin mirar el cielo,
soy, al tenerte en mis brazos,
hasta del infierno, dueño.

XXVIII

Yo te daré el lucero
que brilla en la mañana,
cual un joyel del manto
sonrosado del alba.

Yo posaré, con dulces
cuidados, en tu falda
el nido que, en las cimas,
arranqué yo del águila.

Yo te daré la perla
que el seno del mar guarda,
mecida por las olas
en su cuna de nácar.

Yo posaré en tu frente
el beso de las auras,
y el hálito del nardo
en tus labios de grana.

Yo te daré, impasible,
de un incendio la llama,
mi enardecido pecho
sirviéndote de lámpara.

Mas yo no podré darte
toda entera mi alma,
porque fué por tí misma
partida y destrozada.

XXIX

Suspenso en la cornisa
de tu balcon, un nido
yo ví de golondrinas, entretanto
tus macetas regabas de narcisos.
Cruzaba por tu calle,
y oí cantar un himno;
alcé la vista, y mil azules alas
volaban sobre tí, trazando círculos.
Con tu mano de nieve
en torno de tus rizos,
tratabas de asustar los leves pájaros
que te aturdián con sus ráudos giros.
Ellos continuaban,
gozosos y tranquilos,
de tu frente alrededor sus dulces juegos,
cual de tus sueños los aéreos símbolos.
Sobre mí tus miradas
cayeron, cual rocío;
cual rocío, es verdad, mas de una aurora
que vertió sus diamantes encendidos.
No pude aquella noche
acallar mis suspiros;
tu imágen penetraba por mi alma
como un rayo de sol en un abismo.
¿Cuánto tiempo ha pasado?
Lo ignoro, ¡acaso un siglo!
lo que tarda, tal vez, de polo á polo,
bogando por los mares un marino.
Lo que quizás emplea,
de la red fugitivo,

el prisionero alado que retorna
al árbol do se esconde con sus hijos.
Un ángel sonrosado
hoy en tus brazos miro,
mas ¿qué en el seno de los aires busca
con sus abiertos ojos indecisos?
¿Qué avecillas son esas
que en tu balcon diviso,
puestas en fila en el feston del techo
y tu hogar alegrando con sus trinos?
¡Ah, desleal! ¿Comprendes
por qué, mientras un niño,
contemplando los cielos se sonrie,
contemplando los cielos yo me aflijo?

XXX

Fantásticas ciudades,
en el confín lejano
del horizonte, forman
las nubes del ocaso.
El sol esparce, huyendo,
sus más hermosos rayos;
y cúpulas de oro,
y campos naranjados,
y oscuros torreones,
y fuentes de alabastro,
y pórticos aéreos,
y espléndidos palacios,
y templos misteriosos,
y purpurinos lagos,
y esbeltos miradores,
y muros dentellados,
y esbozos de edificios
recónditos y vagos,
que la vista contempla
cual, en sueños, trazados,
vislúmbranse cubiertos
de transparentes mantos
que el crepúsculo tiñe
de verde, rojo y blanco.

Allí, tal vez, las hadas,
con amorosos lazos,
su red al hombre tejen
de mágicos encantos,
y muéstranle fugaces,
en luminoso rastro,

de sus cuerpos de nieve
el contorno azulado.
Tal vez solo allí brota
en chispeantes átomos
el raudal de esos goces
que tan dulces soñamos.
Y tal vez los deseos,
que aquí fueron ahogados,
volando allí ¡quién sabe
si halláran lo que ansiaron!
¡Oh, nubes! sois sagradas;
del mundo sois el palio;
y en procesion celeste
cruzando los espacios,
hácia radiantes glorias,
en vuestros velos largos,
suspendidos del alma
nos lleváis arrastrados.

—
Cuando se aduerme el día
con lánguido desmayo,
en mi dicha imposible
muchas veces pensando,
sin alas que me lleven
á do brilla el ocaso,
por momentos me he dicho
con desconsuelo amargo:
—¡Tal vez allí reside
la mujer que yo amo!—

XXXI

¡Cantadora de playeras!
No puedes cantar á Dios
porque dicen, en el templo,
que es voz infernal tu voz.
Te condenaron al mundo
porque cantaste el amor,
porque al aire diste el grito
de tu ardiente corazón.
Porque del mar en la orilla
danzas con planta veloz
acordando tus cantares
de las guitarras al son.
Porque tú, bajo la parra,
que es celosía del sol,
lanzas alegre en la siesta
tus trinos de ruiñeñor.
Y porque en la noche oscura,
tus lánguidos cantos son
como suspiros de amante
que un alma entre sueños dió.
Tu música te enloquece
cual frenética pasión;
¡Ay! tal vez cantando acallas
en tu pecho algún dolor.
Tal vez en tu seno llevas
el no desprendido arpon
que ingratitud insensata
ó esquivo desden clavó.
¡Cantadora de playeras!
Aunque no cantes á Dios,
ven y cántame gozosa;
canta cuando lllore yo.

XXXII

Hermosas son tus mejillas;
tus ojos hermosos son;
flor de púrpura es tu boca;
tu cabello hilos de sol.

Tu garganta es azucena
en que el aura suspiró;
tus senos globos de nieve
que corona dulce flor.

Tu talle tiene del junco
la suave ondulacion;
sobre un cielo de marfiles,
tu risa siempre brilló.

Y cuando tus ojos vuelves
al llamarte tierna voz,
halla el alma en tus miradas
súbitas flechas de amor.

Yo te miro por el prado
cruzar con planta veloz;
y siento de tu vestido
el fresco y fragante olor.

Aterciopelado albérchigo
su piel en tu faz tendió;
con sus pistilos la rosa
tus párpados franjeó.

Y si tus brazos de estatua
tienen tostado el color,

es porque el sol del estío
en el campo te besó.

Tú eres cándida, yo ardiente;
tú eres dichosa, yo no;
tú eres la sombra que lleva
al deseo siempre en pos.

Y con rumbos encontrados,
yendo en el mundo los dos,
somos ambos como naves
que separa el aquilon.

XXXIII

Mandé cantar á los pájaros
que en el bosque libres vagan;
mandé al arroyo tranquilo
saltar, formando cascadas.
Mandé á las olas marinas
que guarnecieran las playas,
bajo los rayos solares,
con sus espumas doradas.
Mandé que el día, en Oriente,
se vistiera de escarlata,
y océanos de alegría
derramase con sus llamas.
Y mandé que la culebra,
abandonando las zarzas,
me sirviera de columpio
suspendida entre las ramas.
—¡Fué, cuando de gozo lleno,
adiviné que me amabas!—

—
Mandé callar á las aves
y cerrar sus ráudas alas,
escondiendo su cabeza
en sus plumas erizadas.
Mandé reflejar las sombras
del raudal en la onda clara;
mandé que el mar en su seno
rienda diese á las borrascas.

Mandé á la lúgubre noche
desplegar sus negras gasas,
y convertir la alta bóveda
en una tumba enlutada.
Mandé que de un cuervo el pico
registrase mis entrañas;
y mandé que la serpiente
á mi cuello se anudara.
—¡Fué, cuando de rabia lleno,
supe, al fin, que me engañabas!—

XXXIV

«¡Espérame!» dice al nido,
donde en primavera amó,
la golondrina que huye
en otoño tras del sol.
Del tejado bajo el ala,
ante el soplo punzador
de invierno, el nido de barro
firme á su dueña aguardó.
Ya el sol dispersa las nubes
y en el prado abre la flor;
ya vuelven las golondrinas
y también vuelve el amor.
«¡Espérame!» tú me has dicho;
siempre esperando estoy.
¡Ay! tal vez ¿será la tumba
el nido que nos dé Dios?

XXXV

Allá, á la sombra del frondoso bosque,
enredado en las ramas y los troncos,
siempre trémulo brilla entre lo oscuro
un rayo misterioso.

Allá, en el cielo, cuando ocaso baña
el mar y tierra de reflejos rojos,
siempre flota un giron de blanca nube
sobre el azul del fondo.

Al lago oculto, cuyo terso espejo
no quiebra el viento con agudo soplo,
romper su blanda superficie suele
vago círculo ignoto.

De nuestro duelo en las eternas noches,
allá en las horas de fatal insomnio,
onda fugaz ó luminosa estela
cruza el alma de pronto.

¡Apariciones que en la mente toman
de una mujer el celestial contorno!
¡ay! no más que ella nuestro afan mitiga
y nuestros sueños locos.

Yo no sé si verdad, ó si quimera,
esa mujer habita entre nosotros;
tan sólo sé que su figura veo
cuando cierro los ojos.

XXXVI

—¡Más luz! ¡Yo quiero luz! ¡Abrid las puertas!
 » ¡Echad abajo, si es preciso, el techo!
 » el cielo quiero ver, que fué la antorcha,
 » allá en los bosques, de mi amor primero.
 » Permitid ¡por favor! que mi pupila
 » hundirse pueda en el azul inmenso;
 » quiero mirar la estrella que, en ocaso,
 » es de esperanza temblador destello.
 » Con sus ropas de nubes adornadas,
 » que en oro y grana el sol tiñó en su tiempo,
 » otra vez las creaciones de mi mente,
 » entre sonrisas, contemplar yo quiero.
 » ¡Estoy muriendo! la medrosa tumba
 » ya despliega ante mí sus negros velos.
 » ¡Más luz! ¡Yo quiero luz! dejo la tierra,
 » y no sé de la muerte los misterios.—
 ¡Ay! es ya tarde. Aunque en radiante cumbre
 tuviera el vate el mortuorio lecho,
 ya sus ojos no ven; de sus amores
 ya nunca podrá ver el claro cielo.

XXXVII

Yo no te he visto ¡oh, mar! ni quiero verte;
 yo tengo miedo de acercarme á tí;
 te veré cuando el alma abra sus alas,
 ya más alta que tú, sobre el cenit.

Las encendidas nubes de la tarde
 lejano espejo de tus ondas son;
 yo, allí, te miro reflejar tu frente,
 que el abismo de rocas coronó.

Yo no ignoro que tienes por aliento
 las ráfagas sin fin del huracan,
 y en la bóveda azul, cuando retruena,
 es eco de tu voz la tempestad.

La tierra se extremece al terremoto;
 palpitan sus entrañas bajo el pié;
 si es ella madre, y por sus hijos sufre,
 ¿de quién, sino de tí, lo podrá ser?

Cuando siento la atmósfera rasgada
 por la flecha del rayo volador,
 me imagino la luz de tus pupilas
 que de un polo á otro polo fulguró.

Superior á la tierra te pregonan,
 é inmenso é incontrastable tu poder;
 mas ¡ay! por hondas que tus aguas sean
 ¿pudieran apagar mi ardiente sed?

No tu infinito compararse puede
 con lo infinito del primer amor;
 tu seno engendra tenebrosos mónstruos;
 ¡horribles los engendra la pasión!

Me aterras, sin embargo, ¡oh, mar profundo!
¡Oh, mar, que nunca desde cerca ví!
Me aterras, como aterra lo imposible
cuando se llega con la mano á asir.

Eres tú, cual mujer con quien se sueña,
que un encanto adornó fascinador;
el alma tiembla al conocer su rostro;
mas, suspira tras ella el corazón.

¡No quiero verte! La insondable sima
fué siempre del espíritu un iman.
Aun eres ilusion para mis ojos;
¡es última, y la quiero conservar!

↓ XXXVIII

¡Ven á mi hogar! Tu corazon sin mancha
 mi albergue inunde de placer y encanto.
 Opresso del dolor mi pecho ensancha:
 sé la aurora en la noche de mi llanto.

¡Oh! ven; ya dócil seguiré el destino,
 reclinado en tu seno candoroso;
 á tí llego cual ráudo torbellino,
 recíbeme cual palma de reposo.

Grave mi planta junto á tí se fija;
 arraigan junto á tí mis sentimientos;
 será tu mano quien amante rija
 mis antes desrendados pensamientos.

Formemos el hogar donde se ama:
 formémosle callado y escondido;
 imitemos las aves que en la rama
 más alta del vergel labran su nido.

¿Por qué, por qué te conocí tan tarde,
 oh, virgen de mis últimos amores?
 ¿Por qué este fuego que en mis venas arde
 no brilló de mi edad en los albores?

¡Ah! yo no fuera—con horror lo digo—
 de odiosa liviandad mísero reo;
 no arrastrara tenaz, siempre conmigo,
 negro recuerdo que olvidar deseo.

Mi loca insensatez roto no hubiera
 las alas de cristal de la esperanza,
 y aún límpida manara y lisonjera
 la rica fuente que del sér se lanza.

Tal vez, la suerte terrenal decide
se imprima en lodo el virginal abrazo:
cuando el tierno polluelo se despide
de su tronco natal, le espera el lazo.

¡Oh! ven, casta mujer, beldad amada;
hermosa realidad de la ventura;
más que el ángel de Dios inmaculada,
ven á alegrar mi soledad oscura.

Esparce por mi hogar fragantes flores;
canto de gloria á mi futuro entona
más dulce que el trinar de ruiseñores,
y tréñzame de dicha una corona.

El astro de la fúlgida poesía
palidece ante el sol de tus miradas,
y destruye ante tí la fantasía
sus falaces quimeras encantadas.

Por tí mi seno con delicia late:
por tí de amor mi corazón se muere...
No serás la mujer que soñó el vate,
más eres la mujer que el hombre quiere.

XXXIX

Ya se fué la primavera
con sus aves y sus flores,
con los cantos y colores
que alegraron la pradera;
y ya trasporta ligera
la brisa, que el heno mueve,
nieve.

El verde campo, desierto
y ennegrecido se mira,
y parece que suspira,
de tristes hojas cubierto.
Su soplo exhalando yerto
ya el cierzo en la hierva llueve
nieve.

En su curso paró el río,
la fuente quedóse helada,
y es como perla cuajada
cada gota de rocío;
el cielo se extiende frío
pues tiene por manto leve
nieve.

Por el valle solitario
un ángel fúnebre marcha,
y de blanquísima escarcha
vá desplegando un sudario;
hasta al alto campanario
pone por corona aleve
nieve.

El bosque, ya encanecido,
de sus árboles frondosos
guardó los troncos nudosos;
inmóvil, mudo, abatido;
ya sufre que, enfurecido,
á su seno el viento lleve
nieve.

Ya los nidos se callaron,
las mariposas murieron;
los frutos se desprendieron
y las sendas se borraron;
ya todos el fuego amaron
porque nadie á hollar se atreve
nieve.

Tan solo yo, en el hogar
que me ofrece extraño techo,
todo el hielo de mi pecho
no consigo calentar;
y es que siento, en el pesar
que mi corazón conmueve,
nieve.

¡Oh, tú, celestial beleño
que adormece la natura!
¡Oh, nieve cándida y pura!
¡Oh, del alma postrer sueño!
Sé, tú, de mi loco empeño
tumba, que el dolor no cebe,
¡nieve!

Pero, no; que si sombrío
parece el mundo, y desierto,
el prado no yace muerto
ni tampoco el pecho mio;

hoy tal vez, el yerto río,
sin tí, su curso renueve,
¡nieve!

Y al volver la primavera,
y al cantar los ruiseñores,
ramas, torrentes y amores
renacerán por doquiera;
pues ¡ah! muerte pasajera
eres tú, que el sol remueve,
¡nieve!

XL

El alba de primavera
perlas por rocío vierte,
y húmedo el sol fulgurando,
irisado se vé el césped.

Aterciopelada alfombra
la blanda yerba parece
do sus botones de oro
á entreabrir la flor se atreve.

Encaje de blanca espuma
en redor borda la fuente;
y del boj la espesa mata
cogin para el sueño ofrece.

El cercano bosque esparce
frescos perfumes agrestes;
y cantos y silbos mezclan
los pájaros y las sierpes.

Mas ¿qué brillo sobre el musgo
mi vista ansiosa suspende?...
—La liga de Mariana;
la liga verde.—

—
Matinal como la abeja,
cual la nevatilla leve,
despierta como la corza
y cual onda clara alegre,
Mariana, vírgen bella,
al rayar la luz riente,
salta del cándido lecho,
desnudo el seno de nieve.

Sus negras trenzas suaves
de sus nudos se desprenden,
velando en ondas rizosas
hombros, espaldas y frente.

Cubre su cuerpo, en la noche,
alba y finísima veste,
como rosa tras la gasa
de la escarcha trasparente.

Mas ¿qué en torno de su pierna
al beso del sol se enciende?...

—La liga de Mariana;
¿la liga verde?—

Ricos estuches de seda
son de la esmeralda redes,
ó á su cuello alabastrino
¡ay! las hermosas la prenden.

Las guirnaldas de las tumbas
todos los años florecen;
vive allí la siempreviva,
allí donde todo muere.

La gloria, para sus hijos,
doradas coronas teje;
y orgulloso el génio ciñe
la diadema de oropeles.

Recuerdo de primavera
nunca en el alma perece;
es joya, es flor que se guarda,
y que está fúlgida siempre.

Por eso guardo entre bucles
y embalsamados papeles...

—la liga de Mariana;
la liga verde.—

XLI

Sin saber á donde,
en pos del acaso,
penetro en la senda
que conduce al campo.
Allí, con mi espíritu
al cielo me lanzo,
al par que mi vista
por la tierra espacio.
El perfil de cumbres
del monte lejano
ondula, en la llama
solar anegado.
Y en el hondo valle,
silencioso y grato,
entre el tierno junco
y punzante tártago,
su cristal desliza
el arroyo claro.
Del raudal yo sigo
el hilo argentado,
que ennegrece á trechos
la sombra de un árbol;
y á la golondrina
que, el ala bañando,
de frescura impregna
su nido de barro.
Yo escucho en los grillos
la voz del sembrado;
de la áurea cigarra

el ardiente canto;
el duo de notas
del buho nefando;
y aspiro el perfume
del heno en los prados;
y miro en la fuente
cuál flotan los tábanos,
ó en las rubias eras,
voraz apresando
la sombría hormiga
el perdido grano.
¡Ay! para quien ama
la natura, esclavo
no hay rumor, no hay lumbre,
no hay ligero átomo
donde él no contemple
el gran espectáculo.
No hay hoja en la rama,
ni insecto en el tallo,
ni concha en las rocas,
ni luz en los astros,
que el alma no llene
de paz ó entusiasmo.
Fugaz, ved, la lámina
del rio azulado
perderse en desiertos,
perderse en poblados,
cuál siempre refleja,
espejo ó retrato,
todo cuanto asoma
dentro de su marco.
Así, tú, en mi pecho
te imprimes ¡oh, campo!
Pláceme la yedra

del muro arruinado;
la verde alcaparra
el suelo alfombrando;
de rústica aldea
el fiel campanario;
sobre el pardo techo
el palomó blanco;
las cañas que mecen
sus altos penachos,
y allá en los espinos
picando los pájaros;
las moscas azules
en torno zumbando;
la arena crugiendo
al son de los pasos,
mientras que el molino,
su piedra rodando,
aduerme al viajero
que llegó cansado.
¡Ay! sí, que eres dulce,
lugar solitario,
mas ¡cuán bello fueses
si, de un sér amado,
entre tibias lágrimas
y lánguidos rayos,
te viera en sus ojos,
te viera copiado!

XLII

¡La muerte! Yo la deseo
 como el náufrago la playa,
 como el enfermo el reposo
 y como la cima el águila.
 En islas de verde céspedes
 luminosa, solitaria,
 para no sentidos goces
 provocativa me llama.
 ¡Oh, qué blando será el sueño
 que el ángel fúnebre guarda!
 Todo cadáver parece
 que rie á nuestras desgracias.
 No hay cortina de brocado,
 cuando de dormir se trata,
 como del lánguido sauce
 la sombra que dan las ramas.
 Allí se juntan las bocas
 que fiero destino aparta,
 y con beso inextinguible
 por la eternidad se marcha.
 ¡Ay! es verdad que los muertos
 ni voz tienen ni miradas,
 mas ¿qué son, la flor que brilla
 y los pájaros que cantan?
 Armonías y fulgores
 venturas son tal vez raras
 que Dios conservó, cual premio,
 para el que no tiene nada.
 No siempre, del camposanto,
 se riega el suelo con lágrimas;

no siempre en el nicho oscuro
 colgó el recuerdo su lámpara.
 No siempre brotan del lábio
 dulces, piadosas palabras;
 y no siempre, columpiándose,
 vibran roncadas las campanas.
 Sobre el dolor pronto tiende
 el ligero olvido el ala;
 pronto la sangre en la tierra
 borra la brisa que pasa.
 Tan solo el ave que cruza
 por las losas funerarias,
 de tierno afecto suspira
 ó de airado terror grazna.
 ¡Cuántas tumbas sobre el mármol
 el poder ú orgullo labra;
 y ¡cuántas encierra el pecho
 más hondas y más opacas!
 Cuando están los nervios rotos,
 y el corazón no se inflama;
 cuando vacila la mente
 entre dudas ó fantasmas;
 cuando, al empezar la vida,
 la ilusión pierde su magia,
 y es como flor en capullo
 que hiela temprana escarcha;
 los huecos que en nuestros sueños
 súbito engaño destapa,
 y do amores, glorias, dichas,
 ya desnudas nos espantan,
 ¿qué son, sino como surcos
 que el rayo en las nubes traza?
 ¿qué son sino sepulturas
 que llevamos en el alma?

Sin pasiones ¿qué es el hombre?
 cuando su espíritu calla,
 ¿qué es, al moverse en el mundo,
 sino un espectro que anda?

¡Oh, amarillos esqueletos
 que, envueltos en blanca sábana,
 ni el hambre sentís, ni el frío,
 ni la ingratitud humana!

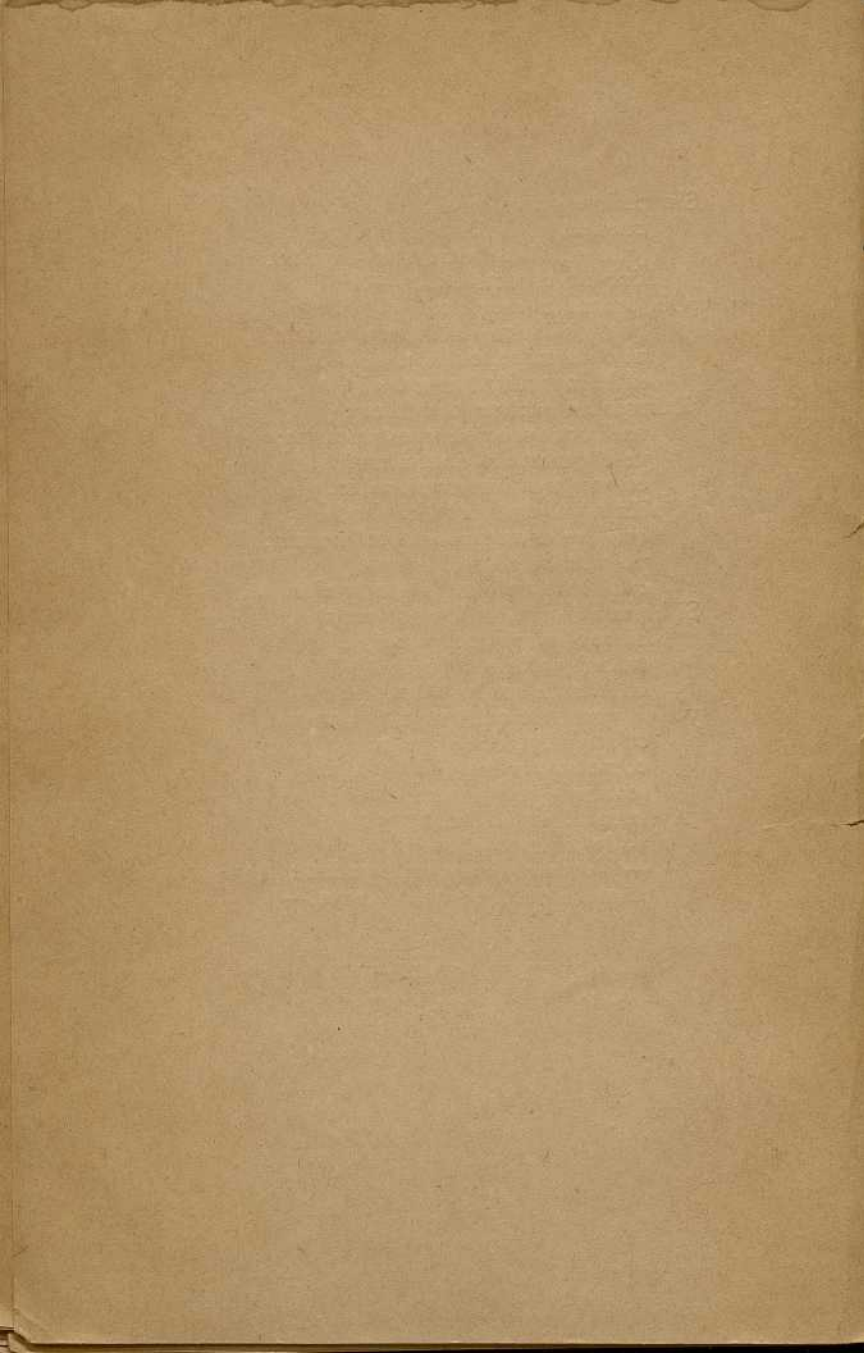
¡Dormid en paz! nada os hiere;
 nadie os turba en vuestra calma;
 ya el gusano al fin embota
 en vuestros huesos su rabia.

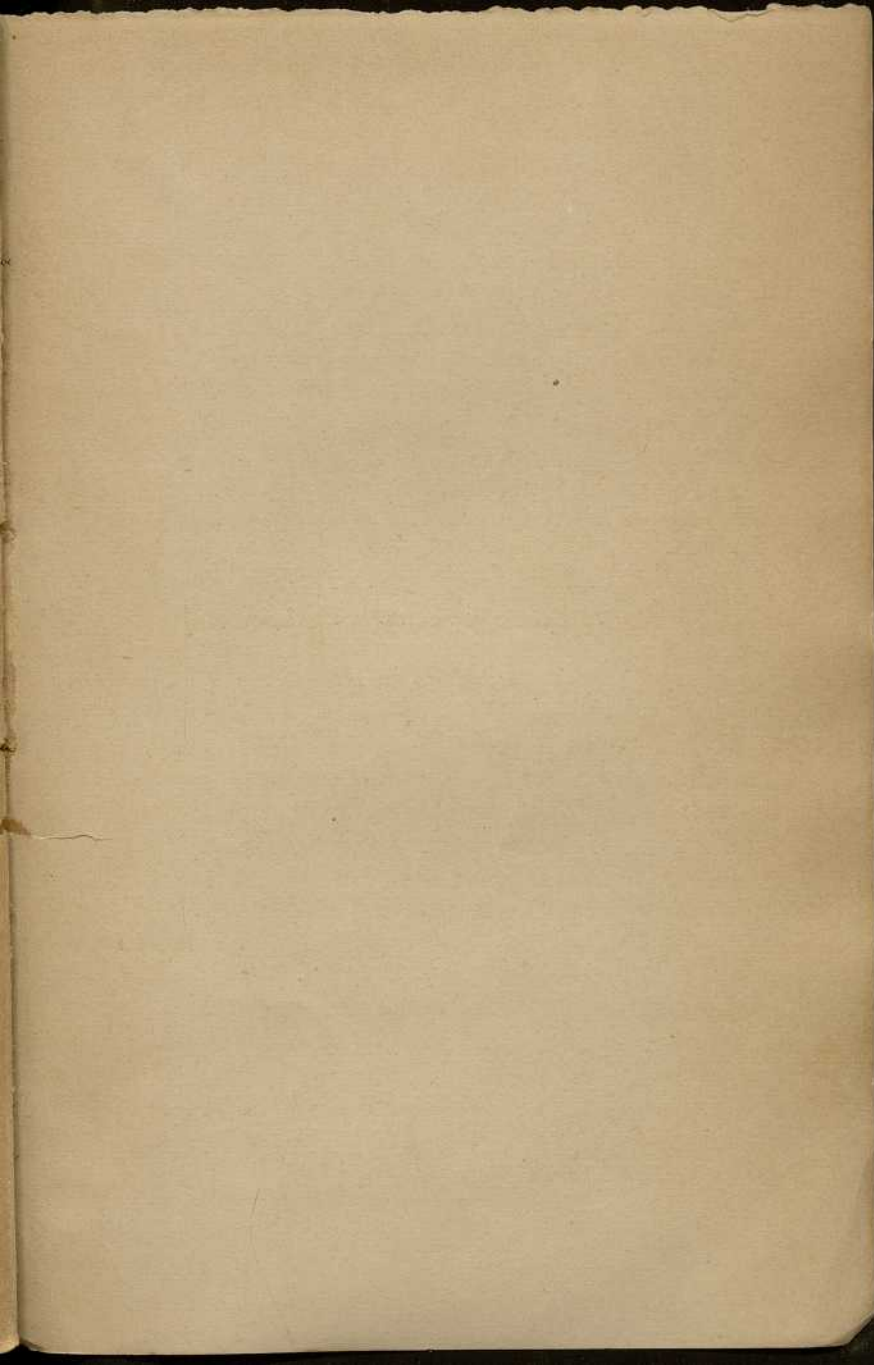
¡Quién no os envidia! Yo pienso
 que me es vuestra suerte extraña;
 yo vuestro antro imagino
 cual cumbre que está muy alta.

Si hasta el reo, á quien por pena
 dieron la muerte que salva,
 trocar pudiese conmigo
 su inercia por mis batallas;
 yo, el manto de cal, que un muro
 opuso eterno á su infancia,
 como el que busca un tesoro
 ¡con mis uñas arañara!

¡Ay! alzándolo del lecho
 yo le dijera con ansia:
 —¡Toma el cuerpo que padece;
 dáme el cuerpo que descansa!—







Precio, 1 peseta 50 céntimos.

